

La vía chilena al socialismo 50 años después

Tomo II. Memoria

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez**
(compilación)

OCHOLIBROS



CLACSO

Austin Henry, Robert. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

La vía chilena al socialismo: 50 años después: tomo 2, memorias / Mafalda Galdames Castro... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry ; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Tomás Moulian. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-771-0

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Galdames Castro, Mafalda. II. Austin Henry, Robert, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Moulian, Tomás, pref.

CDD 983

Diseño y diagramación: Eleonora Silva

Arte de tapa: Villy



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo II: Memoria (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo II ISBN 978-987-722-771-0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Índice

Prefacio. “Memorias” de la Unidad Popular	11
<i>Tomás Moulian</i>	
En esas horas	13
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
Agradecimientos	15
La vía chilena al socialismo. 50 años después.....	17
<i>Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez</i>	
Historia y economía	
Memorias rebeldes. El recuerdo de la Unidad Popular y Salvador Allende durante la posdictadura en Chile.....	29
<i>G. Loreto López, Caterine Galaz V. e Isabel Piper Sh.</i>	
Los límites infranqueables de la propuesta de la Unidad Popular desde las organizaciones de los trabajadores	45
<i>Héctor Vega</i>	
Cabañas a la orilla del mar. Una promesa de la Unidad Popular	61
<i>Valentina Rey Domínguez</i>	
Unidad Popular, semilla sembrada en la juventud combatiente.....	79
<i>José Miguel Carrera Carmona</i>	
La vida de un Cordón Industrial.....	89
<i>Miguel Silva</i>	

La batalla educacional

Un sueño inconcluso 117
Carmen Vargas Torres

Las Brigadas Ramona Parra.....139
Alejandro “Mono” González

Luchando por educación “para todas y todos”. La visión educacional
de la Unidad Popular y de Salvador Allende 155
Beatrice Ávalos

Encuentro con nuestra historia: los mil días y muchos más..... 175
Zabrina Pérez Allende

Políticas de cambio educativo en Chile. Allende entre Frei y Pinochet.....189
Marcela Gajardo

La reforma agraria

Sindicalismo y capacitación campesina en la Unidad Popular 207
Oscar Torres Rivera

Desafíos y contradicciones en una experiencia inconclusa.
La capacitación campesina en la Reforma Agraria
de la Unidad Popular 227
Rolando Pinto Contreras

Reforma Agraria: del relato épico a su compleja implementación
cotidiana 247
Sergio Gómez Echenique

Radicalidad agraria de la Unidad Popular.
Testimonios y relatos de mapucistas del centro sur 263
Esteban (Teo) Valenzuela Van Treek

Mujeres en lucha

Evocando la Historia.....	285
<i>Francisca Rodríguez Huerta</i>	
Mis memorias.....	305
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
El Ministerio que no fue.....	321
<i>Carmen Gloria Aguayo</i>	
Memorias de una mujer campesina.....	333
<i>Alicia Muñoz Toledo</i>	
Desde La Victoria a la victoria. Memoria de una militante pobladora.....	345
<i>Yolanda Álvarez</i>	
Sobre sueños, esperanza y rebeldía de la mujer pobladora y trabajadora en la Unidad Popular	353
<i>Militza Meneses López</i>	

Perspectivas desde el MAPU

Allende: de la esperanza a la tragedia	373
<i>Jaime Gazmuri Mujica</i>	
Kalki Glauser: MAPU, la Unidad Popular y la izquierda chilena: reformista y revolucionaria. El carácter de la derrota. Lecciones y autocrítica	391
<i>Carlos Méndez Contreras</i>	
El MAPU desde Lota.....	409
<i>Tito Gutiérrez Contreras</i>	
Un hombre llamado <i>Fernando</i> . Memorias irreverentes en torno a los orígenes del MAPU, la Unidad Popular y la militancia de Juan Pablo Schroeder (1968-1973)	421
<i>Nicolás Acevedo Arriaza</i>	

La crisis del MAPU. Cómo y de qué manera se divide
a un partido de izquierda..... 437
Oscar Guillermo Garretón,
en colaboración con revista Punto Final

Miradas extranjeras

Un viajero filatélico en busca de la Unidad Popular481
Graham E. L. Holton,
en colaboración con Viviana Ramírez y Robert Austin H.

No puede haber revolución sin canciones (ni sin arte,
ni educación popular, ni solidaridad internacional),
o lo que aprendí de la Unidad Popular de Chile, 1970-1973 497
Norma Stoltz Chinchilla

La visión chilena medio siglo después 515
Ronald H. Chilcote

(Diario de) una testigo accidental, 1972-1974..... 529
Joan Domicelj

Vivemos no Chile o que teríamos amado ter no Brasil, mas não pudemos.
Entrevista com Joana Salém Vasconcelos, São Paulo, agosto 2018545
Almino Affonso

Três anos de exílio no Chile ensinaram
o que é um processo revolucionário557
Zillah Branco

Memoria de la Unidad Popular de un historiador gringo.
La Revolución Chilena desde abajo573
Peter Winn

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 589

Memoria de la Unidad Popular de un historiador gringo

La Revolución Chilena desde abajo

Peter Winn

Mi experiencia del Chile de la Unidad Popular (UP) comenzó en un vuelo entre Lima y Santiago en febrero de 1972. Dio la casualidad de que me tocara el asiento junto a un estadounidense que encabezaba un tour de la Revolución Chilena de un grupo de compatriotas. Eran parte de lo que por entonces se conocía como “la izquierda festiva”, una gira política por la mañana, con visita a una fábrica o población, y playa por la tarde. Cuando se percató de que yo hablaba español y conocía algo de Chile y su revolución, se empeñó en conversar conmigo y convencerme de ayudarlos. “Pasado mañana”, me dijo, “vamos a visitar la primera fábrica de Chile tomada por sus trabajadores después de la elección de Salvador Allende. Si te interesa puedes acompañarnos. Incluso puedes ser nuestro intérprete, ya que ninguno de nosotros habla español”.

Su propuesta me puso en una disyuntiva. Por un lado, no quería que se me asociara con esa gente poco seria, menos aún frente a la vanguardia revolucionaria del proletariado. Por otro, era una oportunidad única para un historiador de izquierda que pensaba pasar

solo unas semanas en Chile haciendo un reportaje sobre la reforma agraria para Radio Pacífica de Nueva York y el semanario estadounidense *The Nation*. Era una propuesta muy tentadora. Afortunadamente, ganó el historiador en mí. Me dejé tentar y los acompañé. No me imaginaba entonces cómo cambiaría mi vida esa decisión.

En la fábrica fuimos recibidos en la sala del directorio, un lujoso salón al que no había entrado jamás ningún obrero antes de la toma. Nuestros anfitriones eran el interventor del gobierno, Vicente Poblete, dirigentes de los dos sindicatos (el obrero y el de los empleados) y los consejeros elegidos por los trabajadores para representarlos en el Consejo Administrativo, que era como “un directorio socialista”. Todos eran muy abiertos y nos trataron con gran amabilidad, oficiando de guías en un recorrido por la Ex Yarur. Las instalaciones eran impresionantes, desde el edificio de mármol y madera de la administración y la ruidosa fábrica donde el aire estaba saturado de polvo, hasta el orgulloso lema pintado en una tela colgada entre las dos chimeneas que rezaba: “EX YARUR: TERRITORIO LIBRE DE EXPLOTACIÓN”.

Luego del recorrido, los líderes obreros nos contaron la historia de su lucha contra los Yarur, una de las familias más ricas y poderosas de Chile. Al principio, lucharon por el derecho a organizarse como sindicato independiente. Una vez lograda esa conquista, y ante la intransigencia de los Yarur, impulsaron una lucha desde abajo para estatizar la fábrica. Así fue que Yarur se convirtió en la primera fábrica tomada por sus trabajadores y estatizada en el Chile de la UP, y la que inauguró en el país la coparticipación de los trabajadores en la administración de la empresa, transformando a la “ex” Yarur en una democracia económica.

Quedé fascinado por lo que vi y escuché, y cuando el grupo se fue, me quedé conversando con Poblete (profesor universitario como yo) y con dirigentes sindicales y consejeros administrativos, que me hablaron con orgullo del gran volumen de producción y la alta productividad de la empresa.

También hablé con obreros, veteranos que habían nacido y pasado su infancia como inquilinos en fundos del sur chileno y que nunca antes habían vivido una revolución industrial y mucho menos una socialista como la que ahora protagonizaban, con cambios de mentalidad extraordinarios. Me acuerdo que escribí en mi cuaderno: “¡Eso sí es una revolución!”.

Me quedé charlando horas allí y salí convencido de que contar la lucha de sus trabajadores era la historia que debía escribir sobre la Revolución Chilena. Porque todos en el Chile de la UP hablaban de la “revolución del proletariado”, pero nadie hablaba *con* el proletariado, solo con sus líderes y con los políticos.

Entonces me propuse que si por alguna razón volvía a visitar Chile –en ese momento tenía previsto viajar a Uruguay– iba a escribir esa historia. Tenía planes de ir a Montevideo para realizar una investigación histórica que me permitiría transformar mi tesis de doctorado sobre el imperialismo económico británico en el siglo XIX en un libro publicable. Pero era 1972, el año en que estalló la “guerra tupamara” en Uruguay. Empecé a recibir mensajes de colegas en Montevideo advirtiéndome que no era el mejor momento para una investigación histórica en Uruguay. Decidí quedarme en Chile y escribir la historia de los trabajadores de Yarur. Fue una decisión que cambió mi vida y me vinculó a Chile para siempre.

Primero tenía que cumplir con el compromiso de escribir un artículo sobre la reforma agraria, como constaba en mi carta de presentación del semanario *The Nation* al Centro de Estudios Sociales (CESO), un centro de destacados intelectuales extranjeros de izquierda, como el economista alemán Andre Gunder Frank y el sociólogo brasileño Theotônio dos Santos. Allí trabé amistad con Cristóbal Kay, un economista chileno especializado en economía rural y reforma agraria, y decidimos escribir juntos un artículo sobre el tema.

Era 1972 y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) promovía las tomas de fundos a lo largo y ancho del Valle Central, causando problemas políticos para Salvador Allende y su gobierno. En febrero, los líderes del gobierno y de la UP se reunieron en El

Arrayán, en las afueras de Santiago, para analizar la coyuntura. Decidieron que la mejor solución para el problema político del campo era acelerar la reforma agraria y terminarla en 18 meses en vez de los seis años previstos al principio de la gestión, disputándole así al MIR el liderazgo de la revolución rural desde sus sindicatos campesinos unidos en la Confederación Ránquil.

Pero un mes más tarde, la reforma agraria estalló en las páginas de la prensa derechista con la denuncia de la supuesta “toma del juzgado de Melipilla” por campesinos de otras localidades que habían tomado todos los fundos de Melipilla. Esta zona rural al sur de Santiago estaba dividida en fundos de propiedad de líderes de la contrarrevolución que se habían reunido allí para un almuerzo que los medios denominaron “el complot del pastel de choclo”, por el plato principal que se sirvió y el orden del día planteado: pararle el carro a la vía chilena.

Cris Kay tenía un amigo inglés, el sociólogo Ian Roxborough, que estaba en Melipilla realizando una investigación para su tesis de doctorado sobre el movimiento de campesinos de ese lugar y que conocía toda la historia. Entonces viajamos hasta allí. Fue mi primera toma y nunca la olvidaré. Campesinos con rifles de caza antiguos y una expresión amenazante en el rostro montaban guardia apostados sobre troncos que bloqueaban la entrada al fundo. Solo pudimos pasar y hablar con los campesinos gracias a que Ian los conocía. La conversación reveló que los informes en la prensa de derecha eran falsos. No era una toma del MIR. Tampoco una acción de afuerinos provenientes de otras zonas. Los fundos habían sido tomados por campesinos del lugar para presionar al gobierno a que los expropiaran de una vez, junto con la maquinaria y el ganado que los campesinos guardaban en los predios. Fue una revolución desde abajo. Quien más participó en las tomas de Melipilla fue el MAPU, un partido moderado de la UP, que fue más que nada un movimiento social campesino con reivindicaciones locales. Era la culminación de una revolución rural desde abajo que empezó con los mapuches en el sur en diciembre de 1970 y siguió por el Valle Central hacia el norte. También era mentira que hubieran tomado el

juzgado. Fuimos para allá para platicar con los campesinos y nos enteramos de que lo que había pasado realmente era que los carabineros de la zona habían detenido a los líderes del movimiento con ayuda de los jueces locales y los habían encarcelado en el juzgado local. Ante la noticia, los campesinos reaccionaron no por órdenes de ningún partido sino espontáneamente, y se movilizaron frente al juzgado pidiendo la libertad de sus líderes. Era mi primera experiencia de revolución desde abajo, pero no sería la última.

De vuelta en Santiago y con la ayuda de Andre Gunder Frank, que estaba asesorando al MIR, pasé un día en Nueva Habana, el campamento modelo del MIR. Era el campamento más ordenado que he visto, construido por los propios pobladores, pero con las calles en ángulo recto y un autogobierno admirable. Fui además a Lo Hermida, también bajo la dirección del MIR, con muchos pobladores de otros colores políticos y una historia representativa de los campamentos en los que vivían uno de cada seis santiagueños en 1972. Lo Hermida fue producto de una toma de sitio suburbano por un Comité de Pobladores Sin Casa, que cosecharon y vendieron el trigo sembrado en ese terreno para obtener recursos y después presionaron al gobierno para tener una escuela (¡aunque fuera en micros escolares!), una clínica, agua potable, electricidad, alcantarillado, transporte y demás servicios urbanos que transformarían a un campamento de carpas sin nada en una población permanente.

La revolución de los pobladores, que comenzó con sus tomas de sitios, fue otra revolución desde abajo, en la que los pobladores hicieron suyo el proceso revolucionario. Si bien estas acciones eran algo que ya se había dado muchas veces en Chile desde la toma de La Victoria en 1957, lo que las hacía novedosas bajo la UP era su carácter masivo.

Lo que nadie en Chile había experimentado antes del triunfo de Allende era la toma de fábricas, y sobre todo la toma de una tan importante como Yarur, con 3.000 trabajadores, una producción de hilados y telas de primera necesidad y una historia de paternalismo represivo que provocó la toma del 28 de abril de 1971.

Ya a fines de abril de 1972, con el artículo sobre la reforma agraria terminado, podía dedicarme a mi otro proyecto: la historia de Industria Yarur y las luchas de sus trabajadores. El problema era cómo entrar a la fábrica y conseguir la colaboración de sus trabajadores.

Afortunadamente, tenía credenciales de prensa y me enteré de que el 28 de abril se celebraría “el Día de la Liberación” en la Ex Yarur, al cumplirse un aniversario de la toma. Los trabajadores planeaban una gran fiesta con sus familias e invitados. Con mis credenciales no fue difícil conseguir un lugar en la lista de invitados. Fue una fiesta extraordinaria, con empanadas y vino tinto, música y baile. Estuve en una mesa con un veterano que me contó sobre sus 30 años de trabajo allí, y con un joven de 25 años que me relató en detalle la lucha que culminó con la toma y la estatización de la fábrica. Hablé con mucha gente sobre mi proyecto y todos vieron con buenos ojos mi idea de escribir su historia. Incluso saludé a Poblete y a Orlando Rojas, el presidente del sindicato obrero, que me recordaba de mi visita a la fábrica en febrero, y los dos me invitaron a volver y conversar sobre mi proyecto. Terminé esa noche entusiasmado porque mi proyecto de escribir la historia de Yarur y sus trabajadores era viable y ya estaba en marcha.

Pasé las siguientes semanas yendo a la fábrica casi diariamente y hablando de mi proyecto con los interventores, los dirigentes sindicales y los miembros del Consejo Administrativo (el directorio socialista). Logré el visto bueno de todos los líderes pero aún me quedaba un obstáculo por sortear: ganarme la confianza de los trabajadores. La Ex Yarur era una democracia en la que los trabajadores tenían la última palabra. Tuve que exponer y defender mi proyecto frente a 3.000 trabajadores reunidos en Asamblea General. Fue la presentación más difícil de mi vida, mucho más que presentar mi tesis ante el comité de doctorado. Y tuve que hacerlo todo en castellano, que no es mi lengua materna. Empecé hablando de mi padre, que dedicó muchos años de su vida a organizar a los trabajadores textiles del noreste de Estados Unidos. Después les conté cómo decidí cambiar de tema luego de visitar la Ex Yarur en febrero, aún a riesgo de perder mi cargo

universitario, porque creía que su historia era sumamente importante y quería contársela al mundo. Me hicieron preguntas difíciles: “¿Por qué necesitamos que un gringo cuente nuestra historia?” A lo que respondí: “Porque los chilenos están demasiado ocupados haciendo la revolución para escribir su historia”. Y también les expliqué que sería un libro de historia oral, en el que sus palabras serían la fuente principal y gran parte del texto. Les dije, además, que escucharía sus historias de lucha contra los Yarur y en base a ello escribiría un libro que se publicaría no solo en castellano sino también en inglés, para que todo el mundo conociera su historia, que para mí era la historia emblemática de la Revolución Chilena. Gané la votación por unanimidad. Mi proyecto tenía luz verde.

Se me abrieron las puertas de la Ex Yarur. Tuve acceso al archivo del sindicato y de la empresa (algo casi inusitado en el sector privado chileno) y a todas las estadísticas. Podía ir dónde quería y hablar con quién quisiera. Podía participar de reuniones como observador. Fue ideal. Mi mayor problema fue convencer a los obreros de la validez e importancia de sus historias, y no solo de las historias de los dirigentes. Siempre que pedía una entrevista con un obrero me derivaba a un dirigente, diciendo que él (o ella, porque el 10 % de los trabajadores eran mujeres) no tenía nada importante que contar. Tuve que insistir en que todos y todas tenían una historia propia y que me interesaba conocer *su* historia.

De mayo a agosto fui casi diariamente, consciente de que mi tiempo de investigación y entrevistas estaba acotado por mi licencia académica. Me impactó mucho la experiencia, incluso mi propia experiencia de la democracia económica de la Ex Yarur: desde ver a los trabajadores participando exitosamente en el manejo de la empresa a través de los Comités de Producción de cada sección de la fábrica, hasta la elección por voto secreto de sus representantes en el Consejo Administrativo (un especie de directorio socialista). Me impactó también la toma de “conciencia” de los trabajadores que fui percibiendo en nuestras conversaciones. Pero lo que más me impresionó, que tiene que ver con lo teórico de mi libro, surgió al entrevistar a los

dirigentes sobre la historia de la toma y la estatización de la industria. Allí nació mi análisis del proceso revolucionario chileno como una lucha entre una revolución desde arriba y una revolución desde abajo. Yarur fue mi caso emblemático.

Cuando Salvador Allende visitó Yarur durante la campaña electoral y habló con los trabajadores bajo la mirada recelosa de Amador Yarur, dijo que podía ser muy amigo de Amador Yarur, pero si resultaba electo iba a quitarle su fábrica que pasaría a pertenecer a sus trabajadores y al pueblo de Chile. Solo cuatro trabajadores se animaron a aplaudirlo, pero todos escucharon y recordaron su promesa. Cuando Amador Yarur se negó a reconocer a los dirigentes elegidos por los obreros y a negociar un contrato y rechazó las demandas en su pliego de peticiones, fue la dinámica local la que llevó a los trabajadores a tomar la fábrica y pedir su estatización. Al hacerlo, los trabajadores creían que sus acciones estaban impulsando el proceso revolucionario y cumpliendo la promesa de Allende. De ahí su total sorpresa cuando Allende intentó frenar la toma y rechazar la estatización.

Para Allende, la toma de Yarur significaba una amenaza para su vía chilena al socialismo, que en el fondo era una revolución socialista desde arriba. Allende era consciente de que la vía chilena era un camino estrecho y que los tiempos y el orden en que debía darse eran clave. Por eso creía que era un camino que requería su control y “muñeca”, y en cuestiones de muñeca, Allende era el mejor.

En el caso de los Yarur, dueños de varias fábricas textiles, un banco y una estación radial, el objetivo de Allende era quitarles las fábricas, el banco y Radio Balmaceda, pero en orden inverso, cuidándose de no provocar la resistencia de la clase alta en sí. Además, sin arriesgar la revolución por fases que podía mantener el apoyo o la neutralidad de la clase media al tiempo que debilitaba a las élites y satisfacía las necesidades básicas del pueblo. Por eso rechazó esa toma y el reclamo de estatización, considerándolo un objetivo “prematureo” y fuera de secuencia, y por consiguiente una amenaza a su gran estrategia de la vía chilena. Allende insistió además que le correspondía a

él, como líder electo, y no a ellos, decidir cuándo y cómo iniciar esa nueva fase del proceso revolucionario.

Más allá de los detalles del caso, fue una lucha de poder entre Allende y los trabajadores de Yarur y sus dirigentes, y en definitiva entre los líderes y las masas, entre la revolución desde arriba y la revolución desde abajo. Como les dijo Allende a los dirigentes de Yarur, su revolución desde abajo planteaba cuestiones fundamentales sobre cómo debía ser la conducción revolucionaria: “Las masas no pueden sobrepasar a los dirigentes”, les aclaró, “porque estos tienen la obligación de dirigir y no dejarse dirigir por las masas”. Y concluyó enfáticamente: “¡Yo soy el presidente y el que manda aquí soy yo!”.

Pero a pesar del poder de Allende y su “muñeca”, esa lucha interna entre la revolución desde abajo y la revolución desde arriba no se resolvió como él pretendía. Los reclamos de los dirigentes de Yarur por la intolerable situación interna y la dinámica local llevaron a los trabajadores a la toma de la fábrica y ya no fue posible retroceder. Ganaron el apoyo de los dirigentes sindicales nacionales y del Ministerio de Economía. Allende podía tener la mejor “muñeca”, pero los dirigentes sindicales de Yarur movilizaron desde abajo una alianza formidable. Y en última instancia, Allende no podía arriesgarse a perder el apoyo de los obreros, su base central. Por eso, luego de resistir fuertemente las presiones de los trabajadores, Allende accedió a estatizar Yarur e iniciar el experimento de participación de los trabajadores en su administración.

Pero los temores de Allende sobre las consecuencias de la estatización de Yarur eran fundados, al igual que los temores de los dirigentes sindicales de Yarur sobre las consecuencias de *no* estatizarla. Los dirigentes de Yarur tenían razón en que la dinámica local había llevado a los trabajadores a tomar la empresa y pedir su estatización y no podían dar marcha atrás sin destruir su movimiento. Pero Allende también tenía razón cuando les dijo a los dirigentes de Yarur: “Si le doy el visto bueno a esto, van a venir otro y otro y otro, porque ya me arrancaron uno”. Y eso fue lo que pasó, empezando con las otras fábricas del sector textil liderado por la Ex Yarur. Así, Allende y su revolución

desde arriba perdieron el control de los tiempos y el orden y las fases del proceso revolucionario. Y su conflicto con la oposición centroderecha se enfocó en las tomas y las estatizaciones del Área de la Propiedad Social (APS), agudizándose al punto tal que motivó que la Cámara de Diputados declarará que el gobierno estaba actuando fuera de la ley, declaración que las Fuerzas Armadas buscaban para justificar su intervención y el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973.

Para triunfar, la revolución desde arriba y la revolución desde abajo debían avanzar juntas, apoyándose mutuamente. Eso se logró durante el Paro de Octubre de 1972, cuando la revolución desde abajo salvó a la revolución desde arriba con la creación de la institución más original y revolucionaria de la revolución chilena: el cordón industrial.

En su origen, los “Cordones Industriales” eran concentraciones de industrias de distintos rubros en zonas urbanas delimitadas y en su mayoría se trataba de concentraciones planificadas. Pero con la UP, y sobre todo con la revolución desde abajo en 1972, el término “cordón industrial” cobraría nuevo sentido y designaría la organización territorial de todas las industrias de una zona y sus trabajadores más revolucionarios. Desde el punto de vista sindical, el cordón industrial era una solución a las limitaciones del Código Laboral que solo permitía que los sindicatos organizaran a sus trabajadores por rubro y no por ubicación geográfica. Eso significaba que los trabajadores textiles de distintas zonas podían conformar una federación (FENATEX) con otros sindicatos textiles, pero no con sindicatos de industrias contiguas de otros rubros, como la industria metalúrgica o de alimentos.

El primer cordón industrial, organizado a mediados de 1972, fue el Cordón Cerrillos-Maipú, al sur de Santiago, que surgió cuando los trabajadores de Perlak, una industria de conservas demasiado chica para ser estatizada en el marco de las políticas de la UP (reafirmadas por esos días en el cónclave de Lo Curro), tomaron su empresa y pidieron ayuda a las otras empresas de la zona para socializarlas.

La mayoría de los Cordones Industriales nacieron durante octubre de 1972 en respuesta al Paro de los Patrones, cuando los capitalistas trataron de paralizar la economía chilena como forma de crear las condiciones para un golpe de estado militar o parlamentario. Ante esa ofensiva contrarrevolucionaria, los trabajadores de las distintas zonas de Santiago formaron varios –Cordón Vicuña Mackenna, Cordón O’Higgins, etc.– que ayudaron a los trabajadores de las pequeñas y medianas empresas de cada zona a tomarlas y mantener su producción o servicio. Además, organizaron la defensa de “su territorio” contra los ataques de grupos paramilitares de derecha, como Patria y Libertad.

La capacidad de los Cordones Industriales de mantener su producción y organizar la defensa de sus territorios y la distribución de sus productos frenó el Paro de los Patrones y salvó a la UP y al gobierno de Allende. Incluso despertó dentro de la izquierda chilena fantasías de un “poder popular” en el cual serían “los soviets” de la Revolución Chilena, aunque sin soldados ni armas, de ahí el llamado al “pueblo armado”.

Toda revolución, para consolidarse, tiene que romper las condiciones que la restringen. Con el Paro de Octubre, Allende tuvo que elegir entre la revolución desde abajo y la revolución desde arriba. Tuvo la opción de ponerse a la cabeza de la revolución desde abajo de los pobladores, campesinos y trabajadores y usar su fuerza y creatividad para tratar de romper las condiciones que restringían su revolución, o confiar en el general Prats y las Fuerzas Armadas y su capacidad de generar las condiciones para una elección parlamentaria que podría estabilizar su gobierno y reencauzar al escenario político por la vía chilena, sacrificando los cordones y la revolución desde abajo en el altar de la revolución desde arriba. Conociendo la trayectoria de Salvador Allende y su compromiso con la vía chilena, no fue ninguna sorpresa que eligiera la opción electoral, en la que las Fuerzas Armadas cumplieron un papel político que culminaría en el golpe de estado del 11 de septiembre.

Al principio, parecería que Allende tuvo razón, primero, porque las Fuerzas Armadas no habrían permitido una revolución desde abajo, y la Ley de Armas, que Prats convenció a Allende de no vetar, dio a las Fuerzas Armadas el derecho a allanar cualquier lugar y detener a cualquier persona en busca de armas “ilegales”, ley que las Fuerzas Armadas aplicaron con dureza contra la revolución desde abajo en las semanas previas al golpe. Teniendo eso en cuenta, si Allende hubiera optado por liderar la revolución desde abajo, el resultado más probable hubiera sido que el golpe de estado se habría producido mucho antes.

Segundo, parecería haber tenido razón porque las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 terminaron en un empate político que debería haber garantizado la permanencia de Allende en la presidencia hasta el término de su mandato en 1976. La oposición obtuvo un 55% de la votación, que le daba una mayoría, aunque demasiado estrecha para impulsar un juicio político contra Allende, cuya coalición de la UP logró el 44% de los votos e incluso ganó escaños en el Congreso. Muchos pensaron entonces que si la UP era capaz de obtener tantos votos en una crisis económica, quizá podría ganar una mayoría para el socialismo en 1976 si llegaba a solucionar esos problemas económicos.

Pero a la revolución desde arriba le faltaba dinamismo y creatividad, y a la revolución desde abajo recursos y liderazgos nacionales. Solo tenían chance de triunfar si actuaban en conjunto y se apoyaban mutuamente, como lo hicieron en el paro de octubre. Sin esa colaboración, la Revolución Chilena estaba condenada al fracaso. Desgraciadamente, las tensiones entre las dos revoluciones no pudieron resolverse nunca.

La decisión de Allende de abandonar la revolución desde abajo, que estaba en auge luego del Paro de Octubre, la dejó huérfana y sin horizonte. En Santiago se formó un coordinador de los Cordones Industriales del área metropolitana y se crearon varios cordones en distintas provincias. Pero sin el apoyo de Allende y su revolución desde arriba, le faltaban recursos, liderazgos y estrategias nacionales.

En definitiva, la revolución desde abajo fue capaz de defender sus territorios contra los paramilitares de derecha, y tomar y socializar más de 500 empresas, muchas más que las 91 previstas en la lista de estatización de la revolución desde arriba. Pero no fue capaz de resistir un golpe de estado de las Fuerzas Armadas, ni las acciones de estas con la Ley de Armas que equivalían a un golpe gradual que, incluso antes del 11 de septiembre de 1973, puso a gran parte de Chile bajo estados de emergencia comandados por militares.

Solamente la revolución desde arriba y la revolución desde abajo juntas hubieran tenido los recursos, los guerrilleros y la legitimidad para resistir un golpe de estado por un tiempo. Y es probable que ni eso hubiera frenado el golpe. En la tarde del 11 de septiembre, en la reunión de los sobrevivientes armados, Miguel Enríquez dijo que el MIR podía contribuir con 50 combatientes, no más, y eso frente a un ejército con miles de soldados. Allende no llamó a sus seguidores a tomar las calles y defenderlo porque sabía que esa resistencia terminaría en una masacre, ofreciéndose a sí mismo como sacrificio por “la lealtad del pueblo”. Los pocos guerrilleros que sobrevivieron el golpe desaparecieron en la clandestinidad para empezar otra lucha. “Poder Popular” y “el pueblo armado” eran lemas de aspiraciones, no de hechos.

También para la revolución desde arriba las apariencias engañaban. Podía ser que después de las elecciones de marzo de 1973 no hubiera ninguna manera *legal* de terminar la presidencia de Allende antes del fin de su mandato en 1976. Pero justamente por eso era una victoria pírrica. Un mes después de las elecciones, el Partido Demócrata Cristiano echó a sus líderes moderados que buscaban una resolución pacífica a sus conflictos con la UP y eligió un equipo de líderes que apoyaban una solución militar (un golpe de estado), encabezado por el entonces senador Patricio Aylwin, que frustró todos los intentos de Allende de encontrar una solución pacífica a sus diferencias sobre las tomas y las estatizaciones. Allende postergó por 24 horas fatales la convocatoria a un plebiscito que hubiera evitado el golpe,

esperando la respuesta de la Democracia Cristiana que nunca llegó porque quería el golpe.

Epílogo

Después del golpe, cuando la gran mayoría de los intelectuales extranjeros se fueron de Chile, yo me quedé por múltiples razones: para ayudar a encontrar asilo a gente perseguida por la dictadura y para escribir y enviar informes al senador Edward Kennedy sobre las violaciones de derechos humanos cometidas por la Junta. Pero más que nada, para terminar la investigación para mi libro. Seguí entrevistando a los trabajadores de Yarur en la clandestinidad hasta que fui detenido en la fábrica. Me quedé a pesar del riesgo porque, como me dijo un dirigente sindical de Yarur, tenía que quedarme para terminar el libro porque la dictadura estaba reescribiendo la historia de la UP y yo tenía una responsabilidad política de publicar la verdadera historia. Y también como me manifestó un trabajador de Yarur: ellos me habían confiado sus historias y yo tenía la obligación de cumplir con mi promesa de publicarlas.

Había sobrevivido cinco meses en el Chile de la Junta cuando me detuvieron en Yarur, donde había ido a entrevistar a Amador Yarur y ver cómo estaba la fábrica luego de que la recuperara. Había sido víctima de una denuncia anónima y fui conducido a la fuerza al Regimiento Tacna, maniatado y con la pistola del teniente encargado de la seguridad de Yarur clavada en mi espalda. “Tenemos hartas pruebas de actividades extremistas tuyas”, me dijo con evidente placer.

Pero después de dos largas noches de interrogatorios en Tacna y tres días de investigaciones del Ejército, el comandante del regimiento dictó mi sentencia con palabras que no olvidaré jamás: “Profesor Winn, no tenemos pruebas de un delito propiamente dicho”, sentenció el coronel. “Pero que hable con interventores y dirigentes sindicales y trabajadores es muy sospechoso. No queremos que nadie hable con nuestros trabajadores. Y lo que Chile necesita, profesor, en esta

hora difícil, es paz, orden y trabajo. Por eso el gobierno estima que mejor usted se vaya, en 24 horas a más tardar. Y para asegurar que tenga buen viaje yo mismo estaré en el aeropuerto para despedirlo”.

 Mi experiencia chilena, que había empezado con la UP, había llegado a su fin. Pero mi compromiso con el pueblo chileno perduraría por siempre.